

¿TRISTE EN NAVIDAD?

Descubre en Él tu alegría

**Hay tristezas que no podemos afrontarlas nosotros solos,
aunque contáramos con todas las ayudas humanas**

Por **Beatriz López-Roberts** Fotografía: © Anyka - Fotolia.com

Es Navidad, y mientras el resto de la humanidad se viste de sonrisas, tu corazón está triste. No puedes evitar recordar a tu padre o tu mujer que tan solo hace un año estaba aquí contigo arreglando las decoraciones navideñas. Su ausencia duele. Duele muy hondo. Vivir esta temporada sin él o ella parece que no tiene sentido... Sin embargo, también esta Navidad, Jesús quiere nacer en tu corazón aporreado, nostálgico, sediento de una chispa de aliento... Se presenta ante ti como un recién nacido que espera ansioso que lo cargues y lo acunes contra tu pecho. Y mientras lo arropas con fuerza, va cambiando tu tristeza por Su alegría.



Conociendo el corazón del hombre y sabiendo que necesita ser salvado, Dios decide acudir en nuestro auxilio

“CREO QUE no vamos a hacer nada especial para Nochebuena que estamos los dos solos; cenamos pronto y a acostar”. “Ese adorno no lo pongas, era su favorito. No quiero que se rompa”. “No vamos a poner el árbol de Navidad este año, no tengo ganas”. “A ver si se pasan ya las fiestas...”

Tantas y tantas expresiones que escuchamos de parte de muchas personas que pasan estos días en soledad o con el recuerdo vivo de alguien que ya no se va a sentar a la mesa. Llega ya la Navidad, época de luz y esperanza. Época muy familiar. Época de entrega y generosidad. Pero para algunos son unas fechas con claroscuros. No siempre es fácil vivir este tiempo tan familiar cuando hay un ser querido que ya no está, cuando hay una ruptura matrimonial o una situación difícil en el hogar. Se puede tratar de estar alegre, de transmitir a los demás lo precioso de esta época, pero en muchas ocasiones, por dentro nos sentimos mal y desamparados. Sin embargo, es importante recordar por qué estas fechas requieren de esa alegría. Todos los canales de comunicación (anuncios, imágenes, medios...) venden esa alegría, esas sonrisas de oreja a oreja y esa aparente felicidad durante la Navidad, pero nadie dice cuál es su razón de ser. Se termina ofreciendo una suerte de fiesta sin anfitrión, sin motivo. Una cáscara sin fruto.

Afortunadamente basta con desviar la mirada hacia un punto muy concreto para recordar por qué sonreímos, por qué estos días sí son distintos. En la tradición judía la noche de la Pascua el niño de la casa se acerca al mayor de la familia para pregun-

tarle por qué esa noche es diferente de otras noches. Y entonces comienza esa preciosa narración de la historia de la salvación por parte de Dios con el pueblo judío. Es bueno que los cristianos nos preguntemos por qué esta noche de invierno, fría y desangelada, es diferente a todas las demás, cuáles son las razones de esta alegría que todo el mundo nos pide.

Un bebé que es Dios

Si acercamos nuestros pasos a un nacimiento, podremos encontrar la respuesta más sencilla de la historia de la Salvación: un bebido que no solo es pequeño, sino que es Dios. Él, conociendo el corazón del hombre y sabiendo que necesita ser salvado, decide acudir en nuestro auxilio movido por un amor tan grande que podría mover montañas o cambiar nuestros corazones con un solo gesto. Pero no mueve montañas sino que desea estar tan cerca de noso-

tros que se hace hombre, padeciendo a nuestro lado, alegrándose con nosotros y llorando con lágrimas humanas.

Cristo está en esa familia que llora la pérdida de un ser querido, está junto a quienes se encuentran solos y con el corazón roto. La razón principal de nuestra esperanza, es que no estamos solos porque ha venido el Salvador a abrazar y consolar a cada uno de los hombres.

La Navidad puede ser una época difícil para aquellos que sufren, pero tenemos a la Alegría hecha bebé. Dios

no se hace un héroe, se haceorro. Y no puede uno evitar sonreír ante lo tierno de la imagen. Dios hecho lactante, en los brazos de una adolescente con la mirada más pura de la Tierra. Dios Todopoderoso reducido a la miseria de un pobre pesebre, vistiendo pañales y pidiendo de comer con su débil llanto. Y a la vez desbordándose de Amor por todos nosotros a través de esa enriquecedora pobreza. Dios hecho un niño pequeño, agarrando con fuerza el dedo de María. Y con semejante bebé, con ese milagro escondido en lo más humilde de la Tierra ya no puede haber tristeza, sino una esperanza verdadera. La Alegría de Dios se ha convertido en nuestra fuerza.

El regalo de Su alegría

La alegría no es un bien de lujo, es un bien necesario. Por eso, Jesús, que conoce tus tristezas, la reparte a manos llenas para celebrar su cumpleaños. La clave es la oración. Si estás triste, reza. Si sufres, reza. Habla con Él frente al Belén, cuéntale tus penas y, a cambio, recibirás Su alegría.

Recuerda que aunque hoy estés triste, mañana la alegría puede ser la fuerza arrolladora de tu existencia. Una alegría cimentada en el nacimiento de Cristo en la Tierra, pues tu gozo no depende de las circunstancias, de quienes te rodean o de los que ya no están; no depende de los sueños huidizos. Depende, en exclusiva, de lo mucho que puedas verte en sus ojos de Niño recién nacido.

Arrópalo con ternura, acúnalo en tus brazos y déjate llevar por el misterio de la Navidad. También en la tristeza tiene sentido celebrar las fiestas. Y aunque suene contradictorio, pídele con firmeza el regalo de Su alegría para que un día tus amigos y tu familia, por estas fechas, te recuerden feliz. Es el mejor legado que les podrás dejar.